



LA PRESENCIA CHINA EN LA REGIÓN LATINOAMERICANA

Yrmina Gloria Eng Menéndez

Universidad de La Habana

El fortalecimiento de las relaciones entre China y Latinoamérica, al que se refiere certeramente la convocatoria de este Primer Encuentro, tiene antecedentes que cuentan a la hora de configurar las relaciones presentes, y no por gusto se ha incluido el eje temático sobre la inmigración china en América Latina, lo cual dice mucho de la visión, más que sistémica, compleja, que los organizadores de este evento tienen de fenómenos interculturales como estos. En esta conferencia con la que iniciamos el día de hoy intentaré transmitirles la experiencia cubana sobre el tema en el contexto latinoamericano.

Las relaciones entre China y América Latina tienen una larga historia, por la cual la convivencia con chinos en muchas partes de la región fue muy común y se pudiera decir que a mediados de siglo XX en algunos de nuestros países eran numerosos los habitantes chinos que formaron familias con mujeres locales, creando comunidades chinas muy mestizas, como no sucedió en Norteamérica, por lo que se podría establecer diferencias entre las comunidades chinas latinoamericanas y las del norte del hemisferio por muchas razones que no cabe lugar detallar ahora. También es larga la historia migratoria de los chinos, que algunos estudiosos –lo que es conjeturado por otros- presuponen podría datar de milenios o al menos de siglos en etapa precolombina (Vargas, 2004; Wiesheu, 2008ⁱ). El debate sobre las conexiones entre China y América se ha abierto varias veces en los últimos 30 añosⁱⁱ. Por tierra migraron los hombres siempre, desde antes de que los territorios tuvieran fronteras nacionales. En el caso que nos ocupa todavía se investigan las primeras dinastías chinas con más de 4 mil años atrás y sobre las que los nuevos hallazgos arqueológicos reconfiguran la cronología del antiquísimo imperio.

No obstante, la polémica sobre el tema de las migraciones y el poblamiento americano –sea por el Estrecho de Bering o por el océano Pacífico– procedente de lo que es hoy



China, como fuente de los primeros pobladores americanos, quienes llegarían mediante la dispersión mongoloide desde la era paleolítica, neolítica y/o de bronce, pero también muchísimo después, ya en etapas precolombinas más cercanas. Lo que no se discute es su arribo en el período colonial. Primero unos cientos durante más de dos siglos en que la Nao de Manila o Galeón de Acapulco surcó el Pacífico. Después, en el convulso siglo XIX, los cientos de miles de migrantes chinos en las corrientes culíes, –las estadísticas que se manejan son de más de un millón (Pérez de la Riva, 2000)–, las primeras corrientes migratorias masivas de chinos, la más numerosa corriente migratoria laboral después de la de los negros africanos hasta ese momento. Podríamos hacer la suficiente abstracción e imaginar, las costas del sur de China, reclutando y cazando chinos; concentrándolos en los barracones; cargando, como barcos negreros, cientos de chinos en cada partida, lanzados a un mar desconocido, en una travesía a la que pocos sobrevivían (Pérez de la Riva, 1996). Como los negros, los chinos sufrieron un impacto cultural del que no se habla tanto, opacado por el impacto en el trato humano, en que la vejación física no permitía pensar en el choque cultural que representó para las dos partes, particularmente la que tuvo más que perder por su posición de sometidos en la relación con los patrones occidentales-españoles, ingleses, norteamericanos. También hubo sometimiento cultural, pero en este caso, los valores culturales solo quedaban ocultos, aunque se mantuvieron latentes y fueron expresados cada vez que hubo ocasión. Llegaban materialmente pobres, pero culturalmente ricos, y estos recursos socioculturales les valieron para enfrentar el nuevo medio y los procesos de discriminación, racismo y xenofobia de que fueron objeto (Hu-DeHart, 1982 y 2009).

Así, el siglo XIX comenzó con la inclusión de los asiáticos al poblamiento de la América toda. A pesar de que el monto migratorio no fue relevante con respecto al tráfico que emerge años después, los investigadores que profundizan en el tema reconocen la primicia de las islas del Caribe, subregión que en aquellos tiempos se acostumbraba a denominar Las Antillas, en recibir chinos culíes (Connelly y Cornejo, 1992; Look Lao, 1998). Hay datos del primer cargamento de chinos culíes a la colonia caribeña británica de Trinidad en 1806. Más tarde, en 1843, se reinicia el tráfico, además de hacia Trinidad, para la Guyana británica y Jamaica (Look Lao, 1998, Checa-Artasu, 2013). En 1820, llegan 400 a Bahía, Brasil para el cultivo de té (Connelly y Cornejo, 1992; Look Lao, 1998). Pero los grandes volúmenes comienzan a arribar a la América hispana a partir de 1847, a la isla de Cuba, aún colonia española, y seguidamente al Perú en 1849,



estableciéndose poco más tarde una corriente migratoria por unos 30 años a través de la contratación forzada de mano de obra para una América toda con insuficiente población para enfrentar el empuje expansivo del potente capitalismo industrial europeo. De la cifra de un millón de emigrantes chinos en un período cercano a los 30 años (1845-1875), Latinoamérica y el Caribe tuvo un importante peso asimilando el 28%, concentrándose en Cuba y Perú, que acumulan en 15% y el 10% respectivamente, mientras solo un 3% el Caribe anglófono (Eng, 2013)ⁱⁱⁱ. Esta corriente se extiende a Centroamérica para la construcción del canal de Panamá en 1853, expandiéndose el trasiego de chinos por toda la cuenca del Caribe que se mueven por diversas razones entre el Caribe insular, Centroamérica y Norteamérica.

Claro está para todos la preponderancia de los factores económicos en impulsar los hechos sociales, por lo que a estas alturas será poco polémico afirmar que fue la necesidad de fuerza de trabajo para el desarrollo del capitalismo industrial en su expansión mundial y la decadencia del sistema dinástico imperial chino razones que provocaron tales movimientos humanos, conectando civilizaciones y culturas de diversa naturaleza y sistemas económico-sociales en distintos momentos de desarrollo. El flujo migratorio continuó, con otras características: la llamada migración en cadena o *“unos traen a otros”* (López, 2004), en que los familiares y parientes, incluso paisanos de la misma localidad o aldea, reciben a los nuevos migrantes en los países en que residen: *“La migración china se convirtió en una forma de vida, hijos siguiendo a padres, sobrinos a tíos en una rutina de la cadena migratoria”* (Lynn Pan, 1990).

Los inmigrantes fueron sometidos a las nuevas condiciones sociales, culturales, económicas y políticas en todo lo relativo a la vida cotidiana en que se concreta el comportamiento más elemental del hombre acorde con su cosmovisión. Ahí particularmente se producen aportes de la parte inmigrante, portadora de la cultura de origen que se conecta inevitablemente con la cultura de la sociedad receptora o anfitriona. Ni hablar del idioma: el chino inmigrante nunca habló bien, porque no pudo aprender en la escuela. El habla marcaba la diferencia.

A Cuba llegaron unos 150 mil^{iv} chinos -141 391 dicen las cifras oficiales, según las entradas de embarcaciones registradas entre 1847 y 1874 (Pérez de la Riva, 1975:471-472). Conocido como nuestro período culí, fue la principal fuente de entrada de chinos a la isla en el siglo XIX. No tenemos tiempo de detallar, pero al menos voy a mencionar



que el hecho de que Cuba fuera el emporio del azúcar en la región, requería mucha más fuerza de trabajo que otros productores de esta y que otras producciones de plantación. También por ser aún colonia española y tener vigente el sistema obsoleto de trabajo esclavo, esa gran cantidad de chinos fue muy mal tratada, sumándose masivamente, junto a criollos y negros esclavos, a la lucha por la independencia. Esto catalizó de una manera intensa la integración del chino a la sociedad cubana. Los chinos en Cuba, después de terminada la trata y los contratos esclavizadores, se dispersaron por todo el país y crearon asentamientos en casi todas las localidades. Siguieron llegando a través de la cadena migratoria, pero algunas características de la migración no cambiaron mucho, como es la composición por sexo, por lo que nunca las mujeres chinas fueron más del 4%, cifra alcanzada en 1953^v (Pérez de la Riva, 1996).

Aunque recientemente y ya en el siglo XXI comienzan a aparecer unas pocas caras de jóvenes chinos de reciente migración, los 125 ancianos chinos inmigrantes^{vi} que aún viven en Cuba, integrantes de la comunidad tradicional, y su numerosa descendencia (hijos, nietos y bisnetos) son resultado de las migraciones del siglo XX, pues en su inmensa mayoría los descendientes de los míticos culíes mambises no han podido precisar sus raíces chinas, ya que solo han oído de sus mayores que hubo chinos entre sus antecesores. Fueron concebidos de culíes con negras esclavas, con las que no formaron hogares que pudieran transmitir tradiciones, valores y linaje familiar. No obstante, en el imaginario cubano está presente el chino, ya sea en su perfil mambí, valiente y heroico, o del ladino y jugador, sea de origen culí o californiano^{vii}, creando cuadrillas de trabajadores o haciendo cualquier tipo de negocios, más o menos lícitos. Esto se une a la imagen del chino laborioso y ahorrativo, quienes desde el último cuarto del siglo XIX y hasta la década de 1960 se ocupaban de ventas ambulantes diversas, pequeños comercios de víveres, comidas y lavado de ropa.

La presencia de chinos y de comunidades chinas en muchos países ha sido la embajadora de la cultura china en los mismos, sobre todo en aquellas regiones en que la distancia geográfica y cultural de ese país es mayor, como es el caso de todo el continente americano, específicamente nuestra región, América Latina y El Caribe. Mucha gente durante mucho tiempo en algunos de nuestros países no tuvo otro contacto con China ni con Asia Oriental que no fuera a través de los chinos vendedores y comerciantes, o a través de las historias de los culíes el siglo XIX. O muy anterior aún, los *chinos manila* que vinieron en las *Nao de Acapulco*, algunos de los cuales se dispersaron por tierras



americanas, subiendo hacia el norte de México –Nueva España en aquel momento y ahora parte de los EEUU–, o bajando y perdiéndose en ciudades florecientes como La Habana en el Caribe, donde en el siglo XVII ya se veían chinos como sirvientes exóticos en las casas de los hacendados de la isla. Precisamente el interés para España y las demás potencias de la época en el trasiego y comercio de objetos y productos de China propició la presencia asiática en nuestras tierras en esas épocas tan tempranas y para llegar a Europa tenían que pasar por América, convirtiendo al Pacífico en el rey de los mares: “...un área asiático-americana en la cual el océano Pacífico funcionaba como conector antes que como divisor...” (Taboada, 2013:206). Taboada, entre otros investigadores, busca cambiar la visión para el enfoque de los vínculos China-América Latina, cuando (2008:120), frente a las arraigadas concepciones eurocéntricas, trabaja el término “*ReOrientación*”^{viii} de América Latina que tiene “*una cara pacífica*” (2008:119). Se refiere a los antecedentes más remotos de este nuevo momento de América Latina y el Caribe con Asia, y propone buscar las raíces asiáticas de una parte de América Latina que la hegemonía de las concepciones euro céntricas impidieron ahondar. Propone también el esfuerzo por lograr una visión diferente de la cultura y el desarrollo de América Latina, distinta a la que nos lega el siglo XIX, que recolocó la posición de la que gozó Asia, y China en particular, hasta finales del siglo XVIII, en un sistema económico mundial muy anterior a la expansión europea, cuando el actual omnipotente Occidente estuvo en la periferia por miles de años. Por todo esto, se hace necesario profundizar y relacionar en el continuum del desarrollo histórico de nuestra región; en los permanentes contactos transpacíficos con diferente intensidad y ritmo y salirse del “*sistema mundial euro centrado*” (2008:123) establecido a partir del siglo XIX.

La Nao de China trajo objetos orientales, marcadores de estatus, tan anhelados desde el Medioevo de Marco Polo por las élites europeas y también las nuevas del virreinato de Nueva España (Bracamontes, 2013). Nos llegaron los valores simbólicos de la porcelana, con su carga cultural y estética, en la que figuraban imágenes budistas y taoístas con las que se familiarizaron desde temprano las sociedades americanas, sin tener conciencia de esos valores religiosos (Fournier, 2013), pero también con su carga de representación y status social para las sociedades clasistas del período colonial (Castillo, 2013). Los primeros jades tallados se conocieron en Occidente a través de América y se llegó a pensar que procedían de Asia (Wiesheu, 2013).



Las comunidades chinas y sus distintas expresiones culturales han constituido referentes de lo chino en las sociedades latinoamericanas, en tanto ser lo más cercano que han estado la inmensa mayoría de los latinoamericanos de la cultura china, interactuando con los inmigrantes chinos residentes en sus países que en muchos casos han llegado a formar grandes colonias chinas, como inicialmente fueron nominadas. Sus famosos y populosos barrios chinos, los restaurantes chinos, las películas chinas y las manifestaciones de la cultura popular china que ellos exhiben durante las festividades tradicionales han sido importantes introductores de la cultura china en nuestros países, y los más interesados han complementado su acercamiento a través del aprendizaje, la práctica y el uso de sistemas tradicionales chinos como son la medicina tradicional, los masajes y ejercicios y otros conocimientos tradicionales no convencionales clasificados como esotéricos o creencias. Embajadoras de la cultura china han sido su comida, su medicina y sus artes marciales, llegando a los lugares en que no ha habido un flujo migratorio antiguo y no ha existido una comunidad china asentada, interactuando y mostrando sus valores culturales.

Los residentes chinos y sus sistemas tradicionales de celebraciones, de hacer el comercio y la gastronomía, de reproducir cada detalle de la vida cotidiana, las costumbres y los hábitos diarios, con los más diversos y elementales recursos culturales básicos, nos están transmitiendo su modo concebir y de hacer la vida, su cultura y su sentido de la vida, aunque ya resultado de su adecuación a las nuevas condiciones de la sociedad receptora. Por eso para algunos de los más cercanos a estas expresiones culturales chinas les es más familiar y de alguna manera forma parte de sus vidas, mientras que para otros lo han recibido como parte del imaginario popular, o incluso aquellos que solo han tenido alguna referencia al consumir productos culturales chinos, ya sea cuando van a disfrutar de uno de los restaurantes o a visitar los barrios chinos tan populares desde inicios del siglo XX, y que tuvieron un boom en los años 70 para el turismo (Eng, 2015).

Entre uno y dos y medio millones de personas tienen ancestros chinos en el Perú, o sea 5-10 % de la población peruana (Lausent-Herrera, 2011), cuyos antecedentes más lejanos se hallan en el primer arribo de culíes chinos de 1849 con un flujo migratorio prácticamente ininterrumpido. En Lima ya hay más de 600 mil habitantes de origen chino, quienes desde los años 1880 crearon asociaciones (Rodríguez, 2001). Algunos consideran el barrio chino de la calle Capón en Lima el asentamiento chino más antiguo e importante del subcontinente suramericano. La popularidad de los *chifas* o restaurantes chino-



peruanos los hace parte de la gastronomía peruana y es muestra de los aportes culturales de la presencia china en el país y la región.

Con la Nao de Manila llegan a México tan temprano como en el XVI. Después, en la última parte del XIX, vienen de EEUU huyendo de las leyes antichinas, pero los movimientos anti-chinos de las décadas de los 1920-30, se reproducen en el norte de México, en estados cercanos a la frontera con EEUU. Los chinos están en Mexicali desde antes de su fundación en 1920, por lo que se puede considerar que aportaron a la configuración urbana, sociocultural y económica desde la fundación de esta ciudad. Eran dueños de rancherías y restaurantes, en tanto en 1915 ya existía el famoso *Café Venn Hen* (Alba, 2009). Desde 1925 se registran chinos en la zona del DF. En la década de 1940 surge el Barrio Chino de Dolores en la Ciudad de México con la apertura del Restaurante *Shanghai*. Una migración masculina que dio lugar a uniones con mexicanas creando familias mixtas reforzó la buena convivencia entre chinos y mexicanos. A partir de 1990, México como país sirve también a los chinos como tránsito a los EEUU (Eng, 2015^{ix}).

Los primeros chinos de República Dominicana llegaron huyendo de Cuba y de Jamaica, y después siguieron llegando directamente de Guangdong, a través de la cadena migratoria; ya en la década de 1970 de Hong Kong y Taiwán, de donde se intensifican las salidas en los 80 y particularmente en los 90 por el temor a los cambios a finales del siglo con el traspaso de esos territorios a la República Popular; más recientemente de la China continental (Eng, 2011). En Santo Domingo, vienen concentrándose por más de un siglo en los alrededores de la Avenida Duarte, en una de las zonas comerciales de la ciudad, cuyo auge se inicia con la actividad comercial de mayor nivel que promovieron los que después de la Segunda Guerra Mundial fracasaban en su intento de alcanzar los EEUU (López, 2010). El movimiento para la oficialización de la zona como Barrio Chino, completado con la reanimación urbanística del lugar culminó en el 2006 con la ceremonia de inauguración del arco de entrada o puerta china, consolidando la identidad que de facto tenía esa partecita de Santo Domingo.

Hacia Centroamérica vienen muchos de las islas caribeñas británicas, y en estos momentos, los siete países de la subregión cuentan con poblaciones chinas de varios períodos migratorios y distintas procedencias, particularmente los viejos migrantes cantoneses y su descendencia, taiwaneses después y los más recientes de diversas partes de la República Popular. Panamá cuenta con población china desde 1854, cuando llegan



los culíes al Istmo para la construcción del ferrocarril. Su viejo barrio chino del distrito Capital de Panamá es una zona del centro antiguo, cercana al mercado público central, conocido como *Salsipuedes*. Se encuentran por otras partes del territorio panameño, pero se observa otra naciente zona comercial china en El Dorado, con condiciones de urbanización muy superiores (Tam, 2006). Los chinos en Costa Rica tienen también antecedentes en el XIX. Sus comunidades más importantes se concentran en dos localidades: Puerto Limón en la costa caribeña y Puntarenas en la Pacífica. El más reciente proyecto de Barrio Chino en nuestra región fue el de San José. Iniciado en el 2008 por iniciativa del Alcalde de la ciudad e inaugurado en el 2012 ha sido muy polémico, y al parecer, no muy exitoso.

Fuera de la cuenca del Caribe y con excepción de Perú, la presencia china fue más tardía, ya entrado el siglo XX. En Suramérica, con excepción de Perú, los chinos no tuvieron peso, ni existieron esas corrientes migratorias que dieran lugar a viejas comunidades y *Chinatown*s. Su historia es más reciente, cuando a mediados del XX, debido a la fundación de la República Popular, emigran los desafectos con el nuevo sistema. En los 80 se remarca otro flujo migratorio de taiwaneses huyendo de la posible integración bajo el concepto de “un país, dos sistemas” lanzado por China, lo que provoca un movimiento migratorio que se hace notar en Argentina, Paraguay, y también aparecen en Brasil, Chile, Panamá, República Dominicana, México y otros países en los que existían relaciones diplomáticas con Taiwán, como casi toda Centroamérica y parte del Caribe isleño.

En Argentina hay autores que refieren más de 100.000 chinos dispersos en varias ciudades del país, de los que el 80% vive en Buenos Aires. El Barrio Chino de Belgrano, es el resultado de dos períodos bien diferenciados de inmigración china en las décadas del 80 y 90 del siglo XX, procedentes de Taiwán y de la República Popular China respectivamente (Bogado, 2011; Papier, 2011). A partir de la década de 1990, en algunas ciudades de países latinoamericanos, se han emprendido proyectos de reanimación, creación o construcción de “barrios chinos”. Más bien son zonas (calles, bulevares o manzanas) comerciales caracterizadas, que concentran establecimientos dedicados a la oferta de productos y servicios típicos chinos, decorados y ambientados (música, personas chinas, tanto trabajadores como clientes) a la usanza china tradicional. En otras importantes ciudades y capitales de países latinoamericanos no existen barrios chinos como tales, aunque se observa la concentración de los chinos, sus viviendas y sobre todo



sus negocios en calles, barrios y zonas céntricas. En Santiago de Chile se concentran en el distrito conocido como La Chinesca y su antecedente son los culíes emigrados del Perú a finales del XIX. Venezuela cuenta con cientos de miles, principalmente de Cantón –*Guangdong*– concentrados en Caracas. A Brasil llega un primer grupo de chinos en 1810, como mencionamos al principio; después comienzan a llegar en 1881; en 1900 se dirigen a Sao Pablo y hasta los años 1940-1950 no se reanuda la corriente migratoria. Los chinos son el segundo grupo étnico más numeroso, teniendo Sao Pablo la mayor y más antigua comunidad china en el país.

Podemos intentar un resumen sobre similitudes y diferencias de los procesos migratorios y las comunidades de los chinos en América Latina y El Caribe. Las principales similitudes están asociadas al origen común por vía de la migración culí; las causas de la llamada “trata amarilla”; el tratamiento social marcado por la discriminación y segregación; las características de los inmigrantes, regularmente hombres solos; el tipo de ocupaciones como productores agrícolas de vegetales y otras producciones menores y su venta, servicios de lavandería, venta de productos alimenticios y también tradicionales chinos; el tipo de relaciones matrimoniales con nativas pobres al principio y después la migración de familias completas, etc., aunque hay que tener en cuenta las diferencias con las migraciones taiwanesas. Algo generalizado es el sentido de pertenencia y vínculos con China y la localidad de origen; la reproducción de tradiciones y costumbres cotidianas y festivas de carácter marcadamente etno-cultural. Por otra parte, las principales diferencias están relacionadas con los distintos momentos históricos de la migración y los procesos de desarrollo de China, así como los diferentes momentos en cada país o subregión latinoamericana, desde la etapa de los contratos y condiciones de vida en el período culí, incluyendo particularmente las relaciones con la sociedad receptora, por lo que se diferencian también en los matices de tratamiento social discriminatorio y segregativo, lo que antes mencionamos como una similitud; las restricciones migratorias según la coyuntura en cada país y sus relaciones bilaterales con China.

Las relaciones de China con América Latina y El Caribe se inician impelida por el interés de las metrópolis colonialistas en la región latinoamericana por alcanzar acuerdos para la migración laboral china en el período culí. Por otra parte, la necesidad del imperio chino de ordenar dichas migraciones y proteger a sus súbditos, propulsó a la China de la última dinastía a proponer tratados a gobiernos latinoamericanos, como fue el Tratado de los trabajadores chinos en Cuba entre la Dinastía Qing y la Corona Española en 1873, así como a estimular el potencial que viejas relaciones comerciales transpacíficas, como se



deducen del primer Tratado de Amistad, Comercio y Navegación entre China y México en 1889. Se abren consulados chinos en Cuba (1879) y Perú (1884), incluso el de Brasil en Shanghai en 1883 y un poco más tardío el de China en Panamá en 1910. Los tratados de amistad y convenios comerciales y apertura de relaciones diplomáticas marcan los vínculos de la primera parte del siglo XX, a partir del período republicano abierto en 1911 que incluyó a otros países como Ecuador, Bolivia y Argentina. Con la década de 1950 comienza otro período en las relaciones entre China y América Latina. Después de la fundación de la República Popular en 1949 y hasta inicios de la década de 1970, se promovieron las relaciones amistosas no gubernamentales, los intercambios culturales y comerciales, así como se estrecharon los nexos con los movimientos y partidos políticos comunistas y de la izquierda latinoamericana, y se crearon sociedades de amistad como la Sociedad de Amistad China-América Latina en 1960. Después de la entrada de China en la ONU y todos los 80, comienzan a establecerse las relaciones diplomáticas de los países latinoamericanos con la República Popular China, que con la excepción de Cuba (1960), reconocían oficialmente a Taiwán. A partir de 1970 con Chile, y a partir de allí se suceden Perú (1971); México, Argentina, Guyana, Jamaica (1972); Trinidad & Tobago, Venezuela y Brasil (1974); Surinam (1976); Barbados (1977); Ecuador y Colombia (1980); Antigua y Barbuda (1982); Bolivia y Nicaragua (1985); Uruguay (1988); ... (Connelly y Cornejo, 1992; Bogado, 2011).

Actualmente mantiene relaciones diplomáticas con las dos terceras partes de los países latinoamericanos. Algunos establecieron relaciones diplomáticas con las autoridades de Taiwán, y por consiguiente suspendieron las relaciones diplomáticas con la China continental. Fue el caso de Nicaragua, Granada y Belice. En algunos países latinoamericanos que tienen relaciones diplomáticas con la República Popular China, existen representaciones de Taiwán –denominadas Oficina Económica y Cultural de Taipéi–. Estas Oficinas existen por ejemplo en Venezuela, Chile, Argentina y Perú. También la República Popular ha ido abriendo oficinas de representación en países donde existen embajadas taiwanesas, como es el caso de Panamá o República Dominicana. Asimismo, esos países latinoamericanos tienen representantes oficiales en Beijing. Según la cronología de las relaciones, se nota una particular atención de China hacia Brasil, México, Cuba, Chile, Argentina, Perú, Colombia, en ese orden, lo que pudiera estar determinado por la antigüedad, naturaleza y la historia de los vínculos bilaterales, así como la importancia del país para China. América Latina es cada vez es más relevante



para China: su 4to. socio comercial; proveedora de materias primas que se concentra en productos como cobre, soya, carne; China incrementa a 250 mil millones las inversiones hacia la región; también incrementa las becas a 6 mil. Aunque aún el tipo de relación pudiera clasificarse como de centro-periferia, se vienen dando muestras de nuevas proyecciones de la política exterior china hacia América Latina y El Caribe. No se trata solo de comercio, cuyas cifras se duplican frecuentemente, sino que la inversión directa y los préstamos de China, las líneas de créditos y los proyectos de desarrollo e infraestructura en la región se han incrementado de manera extraordinaria. Con las visitas de alto nivel de los últimos años y, más recientemente, la del Primer Ministro chino, Li Keqiang, en 2015 en una gran gira por Suramérica a Brasil, Chile, Colombia y Perú en que se firmaron numerosos acuerdos, parece iniciarse una nueva política para un nuevo período, mostrando un ejemplo de cooperación sur-sur; reconfirmando una relación de socio y de beneficio recíproco; impulsando la inversión en infraestructura y combinando las necesidades de China con las de la región latinoamericana. Todo esto sin dejar de considerar los desafíos que enfrenta la presencia china en la región con el incremento de los viajes, de los movimientos migratorios de chinos en Latinoamérica y de latinoamericanos en China, del mestizaje poblacional; los préstamos e influencias culturales –lingüísticos, culinarios, prácticas creencias, etc.–; la existencia de comunidades chinas de diferentes orígenes históricos y procedencia social, étnica y regional; estudiantes latinoamericanos en los institutos Confucio y estudiando en China y otros cursos de enseñanza del chino; la omnipresencia de productos de consumo y equipamiento chino; el incremento constante de empresarios chinos y sus familiares residiendo en nuestros países, con niveles de vida muy superiores a los de antes; las frecuentes visitas de personalidades chinas, de embajadas culturales, deportivas; una mayor visibilidad de los chinos en su participación en eventos internacionales; la avalancha inversionista y comercial; el contraste entre las escalas, las visiones, las proyecciones y su alcance.

La inserción del Lejano Oriente de mil formas, más o menos directas, en las economías de nuestros países y en las vidas diarias de nuestros pueblos se incrementa ante el empuje chino. En momentos de una crisis mundial en la que el gran gigante asiático también está siendo afectado y frente a la que hace gala de la inevitable cautela y sabiduría que le caracteriza, es una oportunidad para la región de tomarse tiempo para prepararse ante la escalada del *País del Centro* hacia *Nuestra América*.



Referencias bibliográficas

- Alba, Ximena. (2009). “Frontera de mercancías, El Chinatown de Mexicali, fachada de un Barrio Transnacional”. Tesis de Licenciatura en Antropología Social, Universidad Autónoma Metropolitana México, México, D.F.
- Bogado Bordazar, Laura Lucía. (2011). “Migración china en los países del MERCOSUR. Principales flujos y proyecciones”. En CD distribuido con las ponencias del Primer Congreso Latinoamericano de Estudios Chinos. Universidad Nacional de la Plata, Argentina, 10 y 11 de noviembre del 2011.
- Bracamontes Gutiérrez, Juan José G. (2013). “El lazo entre el Departamento marino de San Blas con China”. En Chen y Saladino (Comp.). *La nueva Nao: de Formosa a América Latina. Bicentenario del nombramiento de Simón Bolívar como Libertador*. Tomo I, Universidad de Tamkang, Taipei, pp. 81-92.
- Castillo Cárdenas, Karime. (2013). “La influencia de la porcelana oriental en la mayólica novohispana: su valor simbólico y su papel en la construcción de identidad”. En Chen y Saladino (Comp.). *La nueva Nao: de Formosa a América Latina. Bicentenario del nombramiento de Simón Bolívar como Libertador*. Tomo I, pp.41-61.
- Checa-Artasu, Martín Manuel. (2013). “Las primeras migraciones chinas en el Caribe. Un análisis desde la geografía. En Arsovska, Liljana (coord.). *América Latina y El Caribe – China. Historia, Cultura y Aprendizaje del Chino*. Unión de Universidades de América Latina y el Caribe, México, D.F., pp.111-127.
- Connelly, Maricela y Cornejo Bustamante, Romer. (1992). *China-América Latina. Génesis y desarrollo de sus relaciones*. El Colegio de México, México, D.F.
- Eng Menéndez, Yrmina Gloria. (2011). “Asiáticos en el Caribe: encuentros y desencuentros. Introducción a un estudio comparativo”. En Martínez, Milagros y Jaquelin Laguardia (Selección y compilación). *El Caribe en el siglo XXI. Coyunturas, perspectivas y desafíos*. Ciencias Sociales, La Habana, Cuba, pp. 205-232.
- . (2013). “Los chinos de Cuba, el Caribe y América Latina: un proyecto de investigación sobre el chino latino”. En Chen et al. *Estudios sobre China desde Latinoamérica. Geopolítica, Religión e Inmigración*. Universidad de Costa Rica, Costa Rica.
- . (2015). “Barrios chinos de América Latina y El Caribe”. En Arsovska, Liljana (coord.). *América Latina y El Caribe – China. Historia, Cultura y Aprendizaje del Chino*. Unión de Universidades de América Latina y el Caribe, México, D.F.



- Fournier, Patricia, (2013). “De lo religioso a su representación en medios seculares: simbolismo budista y daoísta en la porcelana de la China imperial tardía de consumo en la Nueva España”. En Chen y Saladino (Comp.). *La nueva Nao: de Formosa a América Latina. Bicentenario del nombramiento de Simón Bolívar como Libertador*. Tomo I, pp.63-79.
- Hu-DeHart, Evelyn. (1982). “Racism and Anti-Chinese. Persecution in Sonora, México, 1876-1932”. *AMERASIA* 9:2 (1982), pp. 1-28.
- Hu-DeHart, Evelyn. (2009). “Indispensable Enemy or Convenient Scapegoat? A Critical Examination of Sinophobia in Latin America and the Caribbean, 1870s to 1930s”. *Journal of Chinese Overseas* 5 (2009), pp. 55-90.
- Lausent-Herrera, Isabelle. (2011). “[The Chinatown in Peru and the Changing Peruvian Chinese Communities](#)”. *Journal of Chinese Overseas*, Singapore University Press VII.
- Look Lai, Walton. (1998). *The Chinese in the West Indies, 1806-1995: A Documentary History*. University of the West Indies Press, 1998, <http://www.questia.com/PM.qst?a=refresh&docId=586180&type=book>
- López, Kathleen. (2010). “Latin American Chinatowns as a Response to the Financial Crisis”. Ponencia distribuida en Congreso LASA (Latin American Studies Association), Toronto, Canada, October 6-9.
- . (2004). “‘One Brings Another’: The Formation of Early-Twentieth-Century Chinese Migrant Communities in Cuba”. En Wilson, Andrew R. (Edit). *The Chinese in the Caribbean*. Markus Weiner Publishers, Princeton, USA, pp. 93-128.
- Pan, Lynn. (1990). *Sons of the Yellow Emperor. A history of the Chinese Diaspora*. Little, Brown and Company, Boston-Toronto-London.
- Pappier, Andrea. (2011). “El barrio chino de Buenos Aires y su transformación en punto turístico intercultural de la ciudad”, I Congreso Latinoamericano de Estudios Chinos, UNLP (Universidad Nacional de La Plata), Argentina.
- Pérez de la Riva, Juan. (1975). *El Barracón y otros ensayos*. Editorial Ciencias Sociales, La Habana.
- . (1996). *Demografía de los culíes chinos, 1853-1874*. Editorial Pablo de la Torriente Brau, La Habana.
- . (2000). *Los culíes chinos en Cuba*. Editorial Ciencias Sociales, La Habana



- Rodríguez Pastor, Humberto. 2001. *Hijos del celeste imperio en el Perú (1850- 1900). Migración, agricultura, mentalidad y explotación*. Sur Casa de Estudios del Socialismo, Lima, Perú.
- Taboada, Hernán G. H. (2008). “La orilla pacífica de América”. En Chen y Saladino (Comp.). *La nueva Nao: de Formosa a América Latina. Intercambios culturales, económicos y políticos entre vecinos distantes*. Univ. de Tamkang, Taipei, pp. 119-127.
- . (2013). “El Pacífico y la América española: contactos, influencias y migraciones”. En Chen y Saladino (Comp.). *La nueva Nao: de Formosa a América Latina. Bicentenario del nombramiento de Simón Bolívar como Libertador*. Tomo II, pp. 205-213
- Tam, Juan. (2006). “Huellas Chinas en Panamá. 150 años de presencia”. Únicos Impresores, Panamá.
- Vargas Martínez, Gustavo. (2004). *Juncos chinos en la cola del dragón*. EL CAIMÁN ALADO, México
- Wiesheu, Walburga. (2008). “El debate sobre las ancestrales vinculaciones sino-americanas”. En Chen y Saladino (Comp.). *La nueva Nao: de Formosa a América Latina. Intercambios culturales, económicos y políticos entre vecinos distantes*. Univ. de Tamkang, Taipei, pp. 23-38
- . (2013). “Dos civilizaciones antiguas del jade: China y Mesoamérica”. En Chen y Saladino (Comp.). *La nueva Nao: de Formosa a América Latina. Bicentenario del nombramiento de Simón Bolívar como Libertador*. Tomo I, pp. 25-39



NOTAS

ⁱ Walburga se refiere a analogías entre las culturas china y americanas en cuanto a estilo y representaciones en arte citando a Paul Shao, 1983 y 1998; en cuanto al idioma chino y otomí y maya citando a Vargas Martínez Gustavo, 1990; específicamente entre la civilización Shang en China antigua y la Olmeca del México pre-hispánico citando a Levathes, Louise, 1994. Con respecto a la posibilidad de navegación china hacia América por el Pacífico en tiempos remotos, cita de nuevo a Vargas Martínez; a Horna, 1992, Marshall, 1979 y a Jett, 1991; sobre migraciones masivas en épocas de la dinastía Shang y sobre la identificación de símbolos olmecas como escritura china cita a Xu, 1999.

ⁱⁱ Weisheu, Walburga (2008) refiere el encuentro de 1977 en México entre americanistas y estudiosos asiáticos, cuyos resultados publicara Needham en 1985.

ⁱⁱⁱ La fuente de datos originales con los que se calculó estas cifras es Pérez de la Riva, 2000.

^{iv} Según estimados de Pérez de la Riva, coincidiendo con Le Riverand.

^v Censo de 1953 en Pérez de la Riva, 1996

^{vi} Dato del Casino Chung Wah, Federación de Sociedades Chinas de Cuba.

^{vii} Se estiman unos 5 mil llegados a partir de 1860 y 1870 procedentes de Estados Unidos huyendo de las leyes y los movimientos antichinos.

^{viii} Cuya referencia es Gunder Frank, Andre, con su *ReOrient: global economy in the Asian Age*, Berkeley, Los Angeles, London, University of California Press, 1998.

^{ix} Donde cita a Cinco Basurto, "Espacios de la sinidad en la Ciudad de México", artículo que se consultó cuando estaba en prensa pendiente de publicación.



Mgt. Yrmina Gloria Eng Menéndez



Licenciada en Sociología, Máster en Antropología, Doctorando en Ciencias Sociológicas en la Universidad de La Habana. Tiene experiencia profesional en investigación, docencia, asesoría y consultoría en turismo, gestión y comunicación; estudios interculturales sobre China, cultura y comunidades chinas de ultramar. Hacedora de proyectos comunitarios, creó, fundó y dirigió el Proyecto Integral de Reanimación del Barrio Chino de La Habana en los 90. Ha dado conferencias y enseñado cursos en universidades chinas y latinoamericanas. Ha publicado más de una decena de artículos y ensayos y ha sido compiladora de libros. Ha participado en intercambios académicos en varios países de Europa, América y Asia. Es la Coordinadora de Cooperación Académica Internacional para el área Asia-Pacífico y Medio Oriente de la Universidad de La Habana y Profesora Auxiliar en el Dpto. de Sociología, colaborando con múltiples instituciones en Cuba y en el extranjero.